

Entre la Venadita y la Medusa Between La Venadita and the Medusa

AMELIA VALCÁRCEL

UNED, Madrid

RESUMEN. El feminismo ha conseguido en los últimos años importantes avances hacia la igualdad entre hombres y mujeres en las sociedades occidentales. Y, sin embargo, tanto la misoginia como la ginofobia siguen vigentes, provocando una «deflación de expectativas» entre las mujeres que se incorporan a los mundos de la política, la información, las organizaciones empresariales, el poder económico, el saber, la religión o la creatividad, y se topan con el techo de cristal a pleno funcionamiento. El artículo se centra en las mujeres creadoras para examinar la cólera expresada en el arte feminista como respuesta a la exclusión y defender estrategias feministas de análisis y corrección de desigualdades.

Palabras clave: feminismo, misoginia, ginofobia, mujeres creadoras

ABSTRACT. Feminism has made in the last decades relevant advances towards equity between men and women in western societies. However, both misogyny and gynophobia are still at work, giving as a result a «deflation of expectations» among women who enter the worlds of politics, information, corporations, economic power, knowledge, religion or art, and find a glass ceiling in full operation. The paper focuses on women artists, examines the anger expressed in feminist art as an answer to exclusion, and argues for feminist strategies of analysis and correction of inequalities.

Key words: feminism, misogyny, gynophobia, women artists

Cuando se aprendía el latín inicial —recuerdo una frase del principio del libro de texto—, se traducían cosas como ésta: «Vinum et mulieres laetificant cor». Siempre me pareció que faltaba algo, un dativo, por ejemplo «hominis». Me es ingrato decirlo, pero a mi en particular no veía cómo las mujeres pudieran alegrarme el corazón; conocía a muchas y no precisamente dispuestas a hacerlo. Pero quizá la experiencia viril fuera otra; las mujeres no eran especialmente amables entre sí, sino que se enseñaban los dientes, pero puede que a ellos se los enseñaran menos. La infancia pasó, el latín también y un día me di cuenta de que las mujeres estaban sacando su enfado al espacio público. El feminismo lo hizo, sin duda, sólo que ahora me refiero a la presentación individual de ese enfado. Las mujeres de treinta años estaban comenzando a mirar mal.

El camino de la autoconciencia

«La diferencia entre la felicidad y la infelicidad es muy simple», escribió Dickens en sus Papeles, «tienes treinta libras y gastas veintinueve; eres feliz. Tienes las mismas treinta libras y gastas treinta y una... eres infeliz». Tiene su punto esta medida tan precisa de la felicidad. Sobre todo porque podría cambiarse la moneda por cualquier otro incontable. Por ejemplo: deseas tener respeto y lo tienes, eres feliz; lo deseas y no lo alcanzas, aunque sea por muy poco, pues eres infeliz. Hay un tópico que es particularmente odioso, pero que todo pensador en alpargatas glosa: lo felices que son las gentes más humildes, bien sea en nuestras sociedades o mucho mejor, en el mundo no desarrollado. Esas sonrisas francas, esa alegría de vivir... que aquí por lo visto hemos perdido. ¡Si hasta las mujeres ya no son aquella fuente de solaz y descanso que eran! En la actualidad miran tan mal como cualquiera y no se sienten implicadas por la ley del agrado en hacer que suba la tasa de felicidad privada ni pública. Las hay que incluso contemplan el mundo con una mirada que no puede calificarse más que de colérica.

Las mujeres no parecían ser un sexo iracundo. Quiero decir que normalmente no es una característica que se les haya atribuido, ni en nuestra cultura ni en muchas otras. Más bien y por lo general se las considera serviciales, amables, pacíficas, interesadas en agradar, apocadas, miedosas, cobardes, hipócritas, arteras, incluso astutas, llegado el caso... características todas que van comúnmente aliadas a quienes no tienen medio de ofender o de defenderse de las ofensas que reciben.

A lo largo de la callada historia del sometimiento femenino, que ha durado milenios, la cólera no sabemos si ha existido o ha tenido que transformarse sistemáticamente en reconcomio y llanto. Las mujeres no es que hayan tenido muchos lugares en los que gritar, aunque sea sólo al aire. Se lo han permitido algunos festivales a fecha fija. Y las desordenadas de carácter han solido hacerlo en su casa, con los inferiores, sin que ello contribuyera a darles lustre. Una justa cólera no les es concedida por el mundo que habitan: una mujer chilla, no se encoleriza; y lo que hace se llama gritar únicamente si está pidiendo socorro. Como mucho y desde hace poco, las mujeres van consiguiendo derecho al enfado, siempre con mesura, naturalmente. Hace ya diez años, como digo, yo veía formarse un denso nubarrón de cólera en el horizonte. La cólera de las expectativas defraudadas. La cólera con la que le es dado mirar al mundo a quienes no encuentran en el su sitio justo. Sin embargo no sé qué clase de combustible es la cólera. Imagino que algo puede mover, si bien se me escapan tanto el canal como los resultados. Intentaré explicarme.

Las mujeres van en los dos últimos siglos adquiriendo poco a poco autoconciencia como sexo, como grupo de interés; pero, precisamente porque al hacerlo se oponen a un orden de valor —el patriarcal—, compartido por varones y mujeres, no tienen fácil dianoéticamente señalar al contrario. Pensemos

que todos los saltos por los que occidente rompió las heterodesignaciones tenían un grupo opresor bien señalable: la nobleza de sangre, los capitalistas, los esclavistas... Pero por más que el motivo dianoético —la dificultad de señalar al oponente—, las mujeres nunca han responsabilizado a los varones de su situación disminuida. Digo que por algo más o más profundo que el motivo dianoético; no es que a veces el feminismo no comprenda el protagonismo masculino en la opresión de las mujeres, lo entiende, pero pragmáticamente no se ve en la tesitura de airearlo. No conviene; o no ha convenido hasta el momento presente.

El feminismo ha evitado siempre, es más, ha sentido pánico ante la idea de que su trabajo y su lucha fueran interpretados como una «guerra contra los hombres». Ha buscado y busca enemigos abstractos: las leyes, las costumbres, el patriarcado... enemigos que no tengan rostro. Sin embargo la libertad de las mujeres tiene muchos enemigos que cumplen lo que Hegel magistralmente dictaminó, que «sólo obra lo particular»; malamente podrían ser las mujeres humilladas, sometidas, violentadas o ninguneadas si algunos y algunas no lo hicieran real y efectivamente. Pero quizá haya todavía razones de mayor oscuridad, profundas, para no señalar. Si no hay algo que se vivencie como injusto, no hay justa cólera o indignación que oponerle. Y el sometimiento femenino, como he dicho, está en trámite de ser percibido como injusto, sólo en trámite, en la mayor parte de la faz de la tierra. En el fondo, quienes más cólera sientan, serán probablemente quienes menos humillación soporten. Y eso no es sencillo de montar, digo, el dispositivo de pensamiento y acción.

La guerra de sexos

Sigo sin saber bien qué tipo de combustible es la cólera, si bien conozco que ahora comienza a aflorar. Sin embargo, la pregunta pertinente es contra qué o quién se dirige y eso nos lleva de nuevo a otra, relativamente conocida: ¿Existe la guerra de sexos? Repito: Desde que comenzó la revolución feminista, y bien contados van tres siglos, no hay afirmación más sostenida que el negarla. Ni existe, ni ha existido, ni va a llegar a existir. Los sexos se llevan bien, es lo lógico, lo espontáneo, lo natural; sólo que, con cada nueva vindicación, habrán de encontrar pacíficamente un punto también nuevo de equilibrio. Quien suele afirmar esto es, cae por su peso, el proponente ¹, en este caso el feminismo organizado; el oponente, quien está instalado bien en el sistema, no lo asume con tanta espontaneidad. Pero los procesos de autoconciencia no son fáciles y tampoco suelen ser pacíficos. Del hecho de que con-

¹ Utilizo los términos proponente y oponente según los estudios de lógica y retórica de la Escuela de Erlangen.

tra el feminismo organizado la violencia empleada haya sido de baja intensidad o esporádica ² no se sigue que en la microfísica del poder masculino la violencia no haya estado ni esté presente.

Por poner un ejemplo ¿forma parte la violencia contra las mujeres de la guerra de sexos? Casi todos los implicados, incluidas las personas pacíficas corrientes afirmarían que no. Son sucesos aislados que ocurren por debilidades accidentales: de carácter, de posición social, por circunstancias especiales... alcohol, mala vivencia o formación previa, experiencias anormales, bélicas, de barriada... en resolución, un acúmulo accidental que no presenta estructura señalable. Sólo algunas voces dirán que parte de la violencia que las mujeres sufren, buena parte de ella, se debe a la reacción a sus nuevas y conquistadas libertades, que se trata, pues, de un episodio dentro de una guerra en la que uno de los contendientes usa el nuevo espacio de la ley y la palabra y el otro el tradicional recurso a la fuerza. Las mismas voces hablarán de «violencia sostenida del sistema», pero no les será fácil hacerse oír. La verdad por todos compartida se inscribe dentro de una idea irenista de progreso y en ella las libertades de las mujeres se entienden como «galantes concesiones racionalistas» que dimanen directamente del espíritu de los tiempos, que no tienen antecedentes vindicativos y que no han costado sufrimiento o violencia a nadie. La violencia múltiple contra las mujeres queda sofocada porque no se puede sumar; la suma no conviene.

Notable es que una de las maneras de disuadir al feminismo desde sus inicios fue el tacharlo de resentimiento y a quienes lo llevaban adelante de resentidas. Y esto sin hacer memoria y sin sacar las cuentas. Pero ¿cómo puede ocurrir que quien padece y no puede evitarlo no sufra resentimiento o anhele venganza? Dos razones puede haber: que se le suponga un metal de carácter diferente del humano corriente o que no se le permita hacerse cargo del sufrimiento como tal; es similar a la prohibición de las sumas, pero añade una maldad suplementaria. No hay derecho a sufrir por otra, sino sólo lo propio y con el mandato de no descubrirse «espalda mojada», porque ese sufrimiento avergüence. Y, cuando alguien se enfada así consigo, se hiere, se inutiliza, se deprime. Lo contó bien Betty Friedan en *La fuente de la edad*. Verbalizar y actuar parecen mejores estrategias que autodevorarse.

Aquel día en Nueva York

Trasladado todo ello a la creatividad, a la estética, donde la lengua de los significados concretos se rompe, el panorama es aún menos idílico. La cólera tiene también sus historias. Recordemos una. Cierta día, más exactamente, el

² Lo que no es tan claro. Cárcel, golpes, alimentación forzada rompiendo el tabique nasal, y bastantes más cosas.

3 de junio de 1968, una treintañera, de apellido Solanas, dispara varias veces contra el icono del pop Andy Warhol. Previamente había trabajado con él, poco, en un par de las películas vanguardistas que Warhol realizaba en La Factoría. Ella le había propuesto, además, otra, con guión propio; Solanas la titulaba «Métetelo por el culo». Eran años puercos, se sabe, acomodado como estaba el elemento progresista en algo que llamaban «transgredir». Warhol tomó interés por el guión, pero luego lo perdió, el guión mismo, no sólo el interés. Solanas se venga entrando en su oficina y disparándole, a él y a sus colaboradores.

Valerie Solanas no debe ser demasiado conocida por los amantes del pop, pero sí tiene su puesto en el feminismo de la Tercera Ola, aquélla en que vivimos. Es la autora de un texto singular, el *Manifiesto Scum*. Se supone que ese nombre se corresponde con «sociedad para castrar a los hombres», que puede que así sea, pero además y literalmente significa espuma sucia y figuradamente escoria, desperdicio, basura, hez. Hay una telilla de espuma sucia que recubre algo; eso es *scum*. Solanas estaba construyendo este manifiesto o ya lo tenía en fase final cuando decidió matar a Warhol. No se puede decir que hubieran tenido grandes tratos. Solanas parece concentrar sobre Warhol una ira que viene de mucho más atrás, de ahí que aparezca la insania como telón de fondo. Una mujer, sin duda inteligente, abusada en su casa, prostituta ocasional para vivir, que busca editores y que tiroteó a Warhol porque su primer objetivo, otro tipo del ambiente, no estaba a mano.

Había escrito: «Vivir en esta sociedad sólo puede ser, en el mejor de los casos, morirse de aburrimiento. Nada de esta sociedad concierne a las mujeres. Por lo tanto, a todas las que les quede una pizca de civismo, de sentido de la responsabilidad y de la diversión, no les queda otro remedio que derrocar el gobierno, acabar con el dinero, instaurar la automatización a todos los niveles y suprimir al sexo masculino»³. Pero esto era únicamente el principio, en el cual también se afirmaba que «el macho es sólo un accidente biológico» o que «el hombre es una mujer fallida» se entiende que desde el punto de vista del desarrollo embrionario. Bueno, nuevo no es; cosas parecidas las venía diciendo todo el psicoanálisis, sólo que acerca de las mujeres. Solanas pasaba a las cualidades morales: «El hombre es completamente egocéntrico, prisionero de sí mismo, incapaz de compartir o de identificarse con los demás; inepto para el amor, la amistad, el afecto y la dulzura... sus reacciones son viscerales, su inteligencia sólo le sirve para satisfacer sus necesidades y sus compulsiones»⁴. El hombre, entiéndase el varón, «no es más que un espantajo ambulante» que, pasivo en esencia, desea quitarse de encima ese estigma, para lo cual únicamente encuentra un modo: follar.

³ Manifiesto SCUM, Edición Pirata, sin lugar ni fecha, ciclostil, probablemente 73-74.

⁴ *Ibid.*, p. 2.

Solanas escribe una y otra vez el verbo, para dejarlo amartillado: «Carcomido de culpabilidad, de vergüenza, de miedo y de angustia, y a pesar de la vaga sensación de vacío al final de sus esfuerzos, su idea fija es siempre follar, follar. No dudará en nadar un océano de mierda, ni de hundirse en kilómetros de vómitos si tiene la mínima esperanza de encontrar en la otra orilla un coño bien caliente»⁵. Solanas entiende que derivaciones de este único filón sentimental son la guerra, el dinero, el trabajo repetitivo y, por fin, la paternidad. Esta última se resuelve así: «el rol de padre ha sido traer al mundo la gangrena del espíritu macho. Los hombres son Midas de un género especial: todo lo que tocan se convierte en mierda»⁶. Solanas, con un sentido del humor terrible, va desgranando las habilidades del macho corriente: su flojera, su envidia, su autoodio, su nulo sentido de la intimidad... y mezclándolas con los modos de vida también corrientes, incluidos los chalés de las afueras o los *hippies* y sus comunas. Todo brota de lo mismo. El varón no entiende la individualidad verdadera, de modo que sólo es capaz de pensar en términos de familia o de tribu. Su único deseo, follar, tami-za cualquiera de sus experiencias.

En la cólera con la que Solanas revuelve entre sí las palabras hasta que estas echan chispas «el hombre, que no tiene ningún sentido del bien y del mal, ninguna conciencia moral, que sólo puede surgir con la facultad de ponerse en el lugar de los otros, que no cree en sí mismo... competitivo por necesidad e inepto por naturaleza para la vida comunitaria...», en esta cólera, digo, resuenan párrafos similares a propósito de las mujeres, aquellos que llenan la tradición misógina moderna. Es como si Solanas fuese una de las primeras en devolver, raqueta en mano, alguno de los muchos dictérios similares producidos por la tradición misógina moderna. Por ejemplo éste: «Como los animales que obran de la misma manera desde tiempos inmemoriales, el ser humano se hallaría estancado en su estado original si no existieran más que mujeres. Todo progreso parte del hombre. Por eso la mujer es para ellos una pesada carga; les impide emplear todas las energías e insaciables indagaciones y temerarias innovaciones y también pone freno a las nobles iniciativas, porque no tiene facultad para distinguir por sí misma el bien y el mal»⁷. O ésta, de la misma fuente: «el instinto hace a la mujer semejante a las bestias, más dependiente, segura y alegre». O esta otra: «El disimulo, o sea, la mentira, es el arma natural e imprescindible de la mujer». O por último, «la deficiencia mental de la mujer no sólo existe, sino que además es muy necesaria... Si las facultades femeninas alcanzaran un desarrollo igual al de las facultades de los hombres, veríamos atrofiarse los órganos maternos y hallaríamos ante nosotros un repugnante e inútil *andrógino*. Alguien ha dicho que no es preci-

⁵ *Ibid.*, p. 3.

⁶ *Ibid.*, p. 12.

⁷ J. P. Moebius, *La inferioridad mental de la mujer*, (1900), ed. esp. Bruguera, 1982, p. 10.

so desear nada en la mujeres excepto que sea sana y tonta»⁸. Desde cierta lógica, la de la respuesta con el mismo calibre de munición, el *Manifiesto Scum* pondría en el presente un género medieval de reproches mutuos o de canto de las excelencias propias, de dicterio entre los sexos, en fin, que tuvo valedores desde la Baja Edad Media. Como frente al feminismo sesentaiochista la misoginia renace, Solanas estaría dando su voz a la respuesta femenina. Pero hay una diferencia significativa, la desaparición de los catálogos; en el género antiguo, cuyas estribaciones alcanzan hasta el siglo ilustrado, la defensa contra la misoginia siempre se hace enumerando un largo catálogo de contraejemplos de logro femenino, en las bellas letras, la política o la santidad. La teoría política feminista interrumpe esta práctica y se nuclea en la vindicación de una misma medida, vindicación del universalismo, generalmente para bien, aunque también pueda hacerse para mal.

Sin embargo, lo que está afirmando Solanas es manifestar la rabia y anular el paradigma. Primero, reducir toda característica a una sola entidad, el macho, que siempre es igual, idéntico a sí mismo y plural únicamente en apariencia. Después negar cualquier respeto a la figura que pretende encarnar: afirmar que el varón promedio no conoce el universalismo ni de oídas, ofuscado como está por una única parte de su anatomía. Señalar que lejos de ser medida de nada, el varón es meramente biológico e inesencial ya, técnicamente, para el mantenimiento de la especie. Que es disfuncional y desgraciadamente poderoso. Que lo sensato sería acabar con él. Solanas no pretende hacer una paz posterior, ni llegar a un nuevo contrato sexual. Simplemente expresa su cólera sin matices y casi sin límites. Solo en la misoginia clerical le podemos encontrar algún paralelo. Como en ella, Solanas no está interesada en el fin último que la estrategia sexual implica: conservar la especie.

Conservar la especie

Y repasemos ahora lo que el *Scum* opinaba de todo el mundo simbólico junto y en sus partes. La filosofía, la moral, la religión son inventos masculinos basados en el sexo. Pero la creatividad del autor ha decaído. Su último diagnóstico es que «el mundo es absurdo». Y es cierto, el suyo lo es. El varón está agotado. Ya no tiene cabeza ni moral. La que inventó para las mujeres era sencilla: estaba mal cualquier cosa que no sirviera a las necesidades masculinas y era abominable que cualquier mujer rechazara el papel que se le impone, ser mujer, precisamente, dentro de ese orden. En todo este análisis resuena Beauvoir. Como sigue sonando en las preocupaciones filosóficas que Solanas atribuye a sus contemporáneos: «etiquetan a la condición masculina de condición humana, presentan su problema de la nada, que les aterroriza, como un dilema filo-

⁸ *Ibid.*, p. 17.

sófico, visten de forma ridícula su animalidad de grandeza, bautizando pomposamente su nada como “problema de la identidad” y parlotean con grandilocuencia sobre la “crisis del individuo”, la “esencia del ser”, “la existencia precede a la esencia”, las “formas existenciales del ser”, etcétera»⁹. Por el contrario, las mujeres saben perfectamente quiénes son y qué está mal. El único mal es dañar a los otros. Y «el sentido de la vida es amor».

La revuelta viril es siempre una farsa: Unos están arriba y quieren quedarse y los otros abajo y quieren subir a quedarse. Las ideas pasan por sus manos sin llegar a tocarlos, porque meramente las utilizan, pero jamás las creen. El varón nunca reparte ideas o libertad, porque para él lo importante es el estatus, el prestigio, las clases sociales, por eso el fin de la educación no es educar, sino excluir. En resumen: Estamos en una sociedad masculina, hecha por el hombre para satisfacer sus necesidades... el hombre no cambia más que cuando está obligado por el proceso técnico, cuando ya no puede elegir, cuando la sociedad llega a un punto en que cambia o muere. Hemos llegado ahí. Si las mujeres no reaccionamos rápidamente, nos arriesgamos a sucumbir todas»¹⁰. Porque ésta no es una de las situaciones que se resuelven hablando. La dialogia no entra tampoco en el horizonte masculino. En realidad, lo único que está al orden del día es el desprecio. Lo inunda todo; las relaciones entre los sexos, entre los individuos, la vida social completa.

Y, por fin, llegamos al arte. Lo que corre bajo ese nombre, «el gran arte», «la cultura» es un mundo irrisorio, infantil y ficticio, típicamente macho, que el varón ha fabricado para hacerse en él el puesto de triunfador. Es pura filfa. Y todo el mundo lo sabe, pero teme confesarlo. Solanas no deja claro si con «gran arte» se refiere también al anterior a las vanguardias o únicamente al posterior a éstas; probablemente, por cómo se expresa, sea a este último. En cualquier caso escribe: «El “gran arte” es una prueba de la superioridad de los hombres sobre las mujeres, es la prueba de que los hombres son mujeres, y por otro lado, como los antifeministas gustan de recordarnos, es casi enteramente obra de los hombres. Sabemos que “el gran arte” es grande porque los hombres, “los especialistas” nos lo han dicho, y no podemos decir lo contrario en vista de que sólo las sensibilidades exquisitas muy superiores a la nuestra son capaces de percibir y apreciar lo que es grande; siendo la prueba de su sensibilidad superior el que aprecien las porquerías que aprecian»¹¹. La cultura está formada por gentes muy sin mundo propio que lo que quieren es «que se admire su admiración», obligados a «extasiarse con la mierda en vista de que sólo hay mierda en el horizonte». Los artistas masculinos son seres casi totalmente sexuales, incapaces de «entrar en contacto con otra cosa que no sean sus propias sensaciones físicas». La confianza de las mujeres ha sido

⁹ Solanas, *ibid.*, p. 21.

¹⁰ *Ibid.*, 23.

¹¹ *Ibid.*, p. 27.

minada y como consecuencia renuncian. Pero vivir al margen es reforzar el sistema.

La deflación de expectativas

Este concepto lo acuño como una quimera entre la sociología y la economía, y lo hago porque me parece bueno. Si a alguien se le promete algo y luego, si quiera sea por muy corta medida, no se le da, ¿cómo queda? ¿defraudado? Esto es, ¿con la impresión de haber sido objeto de un fraude?

A las mujeres se les vienen prometiendo cosas importantes, la más importante, igualdad, desde que comenzaron las victorias del movimiento feminista, ya con el sufragismo. Y comprueban una y otra vez que lo obtenido no es nunca lo prometido. Pondré unas frases de Maryse Choisy como ejemplo, que se las trae, ya que están dedicadas a los años sesenta del siglo pasado:

«La nueva esclavitud ¿Quién estaba contento? las mujeres ¿Quién había sido engañado una vez más? Las mujeres. Habían creído que gracias a su acierto, gracias a su fuerza reivindicativa habían ganado por fin completamente sus galones de ciudadanas. Necesitaron treinta años de guerra y veinticinco de paz para darse cuenta de que los hombres sólo les habían concedido el derecho al trabajo porque tenían necesidad de trabajadores tras dos matanzas colectivas. Si habían obtenido el privilegio de ser diputadas o juezas, nunca llegaban a ser ministras o magistradas togadas y que, provistas de los mismos diplomas, siempre estaban peor pagadas que los hombres. Incluso cuando alcanzaban altas funciones, sus amigos tenían una curiosa tendencia a considerarlas mecanógrafas. La señora Debray, consejera municipal que durante largos años había tenido la responsabilidad del presupuesto de París, lo que no es poca cosa, me contó que muy a menudo sus colegas masculinos le pedían “¿podrías pasarme esto a máquina?”»¹²

El feminismo de los años ochenta del pasado siglo identificó ese género de prácticas y les dio nombre: «techo de cristal». Aparentemente las mujeres tenían las mismas posibilidades y oportunidades que los varones, pero ellas nunca llegaba arriba en la misma proporción que ellos. Andaban a la par en los tramos bajos, en un tercio en los medios y cuando se trataba de la estricta cumbre... desaparecían o aparecían en porcentajes tan sorprendentes como el uno, el dos o el tres por ciento. A esta barrera invisible, pero de efectos perfectamente claros, se le puso nombre e intentó ponerse remedio. A lo primero surtió la viva expresión «techo de cristal»; a lo segundo, en principio, el sistema de cuotas.

Se estaba hablando, con todo, de esta práctica en organizaciones formales. El feminismo de los años ochenta inició rápidamente los conteos, de tal

¹² Maryse Choisy, *La guerre des sexes*, Publications Premieres, 1970, p. 224.

modo que éstos estaban ya listos en una década. Los noventa comprobaron que el techo de cristal se producía y se reproducía en varias esferas de poder, aunque no fueran estrictamente organizacionales, sino también en ámbitos aparentemente informales. Yo misma dirigí dos proyectos de investigación durante los últimos noventa. La conclusión era que allí donde se jugaba con la autoridad y la excelencia imperaba el modo de acceso llamado cooptación, y las mujeres desaparecían de cualquiera de los tramos altos. De hecho identifiqué al menos seis grandes sistemas en los que el techo de cristal funcionaba a pleno rendimiento: la política, la información, las organizaciones empresariales, el poder económico, el saber, la religión y la creatividad. Otro resumen posible es éste: política, dinero, opinión y respeto.

El caso se presenta como sigue: tras las indudables victorias alcanzadas en los años setenta, que permitieron poner en fase la agenda del feminismo contemporáneo, la de los derechos sexuales y reproductivos, pero también la del poder, han llegado al mundo al menos dos generaciones de mujeres convencidas de que ya todo ha sido alcanzado; por lo tanto, convencidas también por inoculación social, de que lo que tienen es la igualdad. Y algunas cosas tienen: se han educado en los mismos espacios que sus contemporáneos, les han perdido por lo tanto el respeto; tienen el acúmulo de formación más alto que ninguna generación anterior ha poseído, tienen un horizonte en que la ginofobia no se delata en leyes explícitas, tienen diplomas y tienen ganas. Pero se pierden, como otras anteriores, en los pasillos laterales del sistema. Nunca llegan. Si añadimos cierto individualismo que les viene de serie, no acaban de ver cómo podrían transformar en agenda común la cólera individual que este estar a la intemperie les produce. Parece que otros son siempre más rápidos y tiene también antes los mejores contactos. Que digo otros, otras.

Hace diez años las mujeres de treinta estaban comenzando a mirar mal; se les traslucía la cólera. Ahora ésas tienen cuarenta y las actuales de treinta no miran mejor que ellas. No obstante, sigo sin saber bien qué clase de combustible es la cólera; sólo aprecio que en las mujeres es una novedad, imagino que en parte causada por una nueva impostación-representación del individuo corporal y en otra parte atribuible a la deflación de expectativas. Me consuela, sin embargo, que salga fuera, siquiera sea por los ojos; porque es mucho peor dejarla dentro.

El destino del talento femenino

Escribía Stendhal que compadecía a los genios que nacieran mujer porque se perdían para la humanidad. No era especialmente misógino, de modo que cabe entenderlo como lo que dice, que lo lamenta. Se perderían porque no hallarían donde expandirse, ni ayuda, ni camino. Así que, bien pensado, no les quedaría otro remedio que volverse contra sí mismos y autodevorarse. En un

mundo que mantiene la vieja y compartida norma, la rebelión es imposible. Y además, acaba con la posibilidad de crecimiento. La cólera no acrece el carácter, ni tampoco inspira confianza. Incluso el genio más colérico debe hacerse ver con las mejores maneras a un muy selecto grupo de leales. El mejor ejemplo que se me ocurre es irrefutable, Schopenhauer; nunca se vio misántropo más activo o que más cuidara a su grupo de apoyo; y los resultados son patentes: es una de la figuras más influyentes del pensamiento moderno.

El reconcomio tampoco engorda la fama. Bien pudiera ser que de todo este ocultar y trasegar cólera encontramos débiles signos a lo largo de los siglos. A Santa Teresa le levantaron una vez una parte de un su texto porque protestaba de que había mujercillas que sabían más que los más adulados teólogos. Algún apunte parecido se rastrea en las mujeres que escriben; pero es como enseñar muy rápidamente una ña que igual de veloz se oculta. No hay que poner en duda el orden que te consiente, precisamente porque te consiente.

Un poco más adelante, cuando aparece ya afilada la incredulidad en la superioridad masculina —y esto no sucede hasta casi finales el XIX—, por el resquicio abierto comprobaremos que ha pasado muy poca cosa. Y si poca rebelión explícita —de nuevo para mantener el frágil estatuto de consentida—, entonces bastante autocastigo; ésa sería la ley esperable. Pues, caramba, comprobando las cifras de suicidio, alcoholismo y muerte miserable de las creadoras del siglo XX, se obtiene la firme impresión de que han sido un grupo de altísimo riesgo. Hace una década, Benjamín Prado, en un artículo magistral, hacía un repaso que quitaba la respiración¹³. Se ocupaba principalmente de las escritoras. Su cómputo de suicidas y automasacradas resulta demoledor: algo le hace la sociedad al talento excepcional de las mujeres que las estrella. Creo que fácilmente se podría ampliar la nómina a las muchas que lo han intentado en cualesquiera de las artes. Sugiero que la malevolencia masculina es difícil de soportar. Y el ponerla de relieve está prohibido por la pervivencia de los valores patriarcales. Cegadas, dándose trompicones contra todas las esquinas de los caminos externos y laterales, andan como fantasmas.

Beauvoir nació hace un siglo. En sus memorias escribe esto: «me había vuelto diferente y necesitaba a mi alrededor un mundo diferente». Cuenta su sensación también: «No progresaría jamás, jamás haría mi obra. Por primera vez pensé que era mejor estar muerta que viva». Y, aunque dice que «se quería a sí misma enormemente», o quizás por ello se le escapa: «Esto no podía durar; no duraba. ¡Siempre ese conflicto que parece no tener salida! Una ardiente conciencia de mis fuerzas, de mi *superioridad sobre todos ellos*, de lo que podría hacer; y el sentimiento de la total inutilidad de estas cosas! No, esto no puede seguir así. Y seguía. Quizá después de todo seguiría siempre»¹⁴.

¹³ «Mujeres solas en la oscuridad», *Opinión*, 11-2-1998.

¹⁴ *Memorias de una joven formal*, Sudamericana, Buenos Aires, 1973, p. 283.

Lo que voy a hacer es casi como intentar cortar un cabello en dos, pero valdrá; quiero distinguir la misoginia de la ginofobia. Misoginia llamo al funcionamiento por así decir «normal» del patriarcado. Los sistemas de exclusión, aceptados por ambas partes y los de autoaprecio, también comunes, funcionan corrientemente. Cada sexo conoce sus expectativas y los empujones se desarrollan en una franja mínima de confrontación. Todas las sociedades, las nuestras también, son misóginas. Ponen límites a las mujeres y las mujeres los aceptan, se autolimitan para evitar justamente «que pueda ser peor»: «Dejan de ir a según qué sitios, a según qué horas, a según...» incluidos los lugares a que su talento o su ambición quisieran empujarlas. El fenómeno es conocido, por ejemplo, en el empleo. Las mujeres van sobretituladas a empleos medianos; así se aseguran tanto el no competir, como cierta tasa de éxito. Y en la creatividad pudiera ocurrir otro tanto. Los límites puestos a la creatividad y el reconocimiento femeninos aconsejan, puesto que están ahí, ser callada. No de otro modo funcionan ahora las jóvenes en la escuela mixta: ocultan la inteligencia, no hablan; evitan la confrontación. No quieren golpes de ninguna especie.

La misoginia es el correr corriente del sistema. La ginofobia busca, apunta y dispara. Apunta como quien dispara a los patitos de madera en las casetas de tiro de las ferias; elige y selecciona víctima. Hay en ella un plus de voluntad. Puede ir desde quitar una buena serie de diálogos de la película «Cleopatra» («a un tía que me hablara así le partiría la boca», parece ser que comentó al hacerlo uno de los productores), a la ginofobia del mercado laboral, en el que hay sectores en que una mujer no entra sin más, por acuerdo tácito, o a buscar la ruina de determinadas figuras en los ámbitos de la excelencia, para que ni creen ambiente ni den ejemplo. Obvio es decir que misoginia y ginofobia no se excluyen, sino que se dan mutuo apoyo. La ginofobia intenta castigar lo que la misoginia corriente previamente señala como punible.

La rabia y la autodestrucción presentes en tantas creadoras avisa de que están siendo puestas al límite. Pero desde el ruedo, que el animal se queje y se revuelva más bien hace gracia. Te revuelves, es que te duele. Te duele, es que te lo mereces. ¿Te adelantas y te hieres tu misma? Perfecto; ya sabíamos lo frágiles de recursos mentales —léase inteligencia— que resultáis. Orlane, no te molestes en hacerte más pupas, querida. Si no das miedo me temo que das risa.

De dos en dos. Una fenomenología

A veces la ginofobia se divierte todavía más. Sucede cuando utiliza «redes para peces pequeños»; adrede promueve a jóvenes sobre maduras, al desparpajo sobre la inteligencia o a la cama sobre cualquier mérito. Es bastante corriente. La red de perspectiva es ésta: a cada mujer no se la compara con un varón de su tipo (un homólogo en términos estrictos), sino que las mujeres son comparadas entre ellas. Ésta con aquélla, ambas para quedarse con una,

única representante de su género; «ésta quiero, ésta no quiero», «me vale o no me vale», como si sólo entre ellas fueran mensurables. Incluso con otro sobreentendido: las comparamos sólo entre ellas, así como ellas se compran sólo entre sí... para acudir ante nuestro divino acatamiento, que es donde adquieren capacidad de lucimiento e individualidad. De ahí que en tantas ocasiones las creadoras repugnen estar en colecciones sólo femeninas. Creen que escapando de ellas escapan de esa vieja táctica. Ellas quieren estar con sus pares ¿y por qué habrían de serlo, sus pares, precisamente todas mujeres? Desean ser cooptadas por el otro equipo que, para su dolor, sólo quiere por lo general un botón... y para muestra.

Así que también ocurre que algunas tiren «por la calle de en medio». Puesto que el tálamo parece vía bien probada, «más tiran tetas que carretas», una primera suma de talento puede emplearse en parecer tonta y unirse a un viejo y respetado árbol; se está al paio y se busca lugar taimadamente. Pero claro, sucede que si el árbol es verdaderamente grande, se sabe que a su sombra no puede crecer nada; eso sin contar que tanta premeditación suele ser casi imposible en el verdadero talento; suelen uno y otra estar algo reñidos. El fondo del asunto es que, mientras los creadores varones a menudo encuentran protección e incluso devotas protectoras, los femeninos no tienen esa suerte: Han de apañárselas solos. O encontrar protección por vía tálamo, que siempre es insidiosa. Muchos de los emparejamientos desiguales entre artistas varones y mujeres tienen estos previos y también algunas consecuencias. La primera y más evidente, que como la estrategia es conocida, todo el mundo la observa; y espera a que la edad haga su trabajo. El talento de algunas ha debido restringirse a su capacidad de ser albaceas; y eso con suerte.

Para quien toma el camino corriente, de nuevo la pareja puede ser un riesgo. No estando la tabla de valores buscada para que dos sean dos si son pareja, sino para que uno se aniquile en el altar del otro, se instala el «sistema de perdenciales». Gananciales se llaman en derecho español los bienes que un matrimonio posee y que no son privativos de uno de los cónyuges, porque los hayan ganado los dos juntos. Es la forma más común y masivamente practicada. Lo tuyo es mío y viceversa. Los perdenciales son un sistema de compensación simbólica por el cual lo que uno acrezca, al otro le ha de ser restado. No es conmutativo, de modo que si a uno se resta, eso no quiere decir que al otro, de gracia, se le de nada. Digamos que sólo sirve para restar. Por tal expediente, los varones avisados no las buscan iguales, para que nadie se lo aplique. Y en cuanto a ellas... sentadas sobre un sable, en este tiempo de amores líquidos no saben a qué carta quedarse. Quieren tenerlo todo.

Las mujeres independientes de hace medio siglo sabían lo que se jugaban ¹⁵. O lo uno o lo otro, ésta era la dura ley. Si independencia, entonces sol-

¹⁵ Sirva de ejemplo este autoexamen de Beauvoir en *La force de l'âge*: «Yo no soñaba en absoluto en reencontrarme en una carne salida de mí. Tenía además tan poca afinidad con mis

tería. Y si pareja, entonces riesgo y probablemente aniquilamiento del yo libre. Ahora, como alguien ha puesto una cinta que machaconamente insiste en la igualdad de los sexos, la gente se lo ha creído hasta cierto punto. Pero ello significa que las mujeres de menos de cuarenta se han creído que la culpa de todo lo que no les sale es suya. Si no pueden tener a la vez éxito, amor y familia... es que no se lo montan bien. Pero es que esas tres cosas se dejan mezclar muy mal en el caso femenino; conjugarlas es tan difícil como lo que pedía el viejo cuento: cómo pasar en una barca, de un lado al otro del río, a un lobo, una oveja y una lechuga sin que nadie se comiera a nadie. Había que hacerlo de dos en dos y en muchos viajes. Pues así con esta tríada. Está calculada para un personaje sobreocupado que tiene a su disposición las horas innumerables de... las demás. Y digo las demás, las, porque las obligaciones de las mujeres, que no han prescrito, van desde dar conversación a dar de comer, dar de vestir, dar de... en fin, todas esas cosas que «laetificant cor» (*hominis*). Las mujeres no tienen mujeres. La igualdad instala maneras nuevas de vivir y tomar el tiempo. Y por ahora esta novedad carece de recompensa social.

Aquiles y la tortuga

Hace más de una década, en *La política de las mujeres*, escribí que «las mujeres que ahora despiertan a la ciudadanía y la vida adulta no se conformarán con lo que se ha conseguido, no sólo porque es frágil, sino porque es poco. No creo que se den por satisfechas ocupando los tramos bajos y alguno de los medios de las escalas administrativas. No pienso que encuentren empleándose en las enseñanzas primarias y medias los objetivos que perseguían en su formación. No pienso que se sientan cómodas con el funcionar del mundo laboral del libre mercado, regido por redes informales a las que no tienen acceso»¹⁶. ¿Hemos avanzado algo? Sí, sin duda; se han ido ganando posiciones, poco a poco; hemos también perdido cierto impulso durante los ocho años de gobierno conservador, pero lo hemos recuperado con creces. Sin embargo, hay una verdad que se impone: pese a todo, lo conseguido es poco. Entonces ¿por qué la rebelión no se produce? Alguien partidario del antiguo orden lo tendría claro: porque la masa inerte esté ya viviendo por encima de sus expectativas y no sepa aún jugar con ellas. En realidad lo conseguido es tanto y tan

propios padres que los hijos o las hijas que pudiera tener me parecían extraños... ningún fantasma afectivo me incitaba a la maternidad. Y por otra parte no me parecía compatible con el camino en que me implicaba: sabía que para llegar a ser un escritor tenía necesidad de mucho tiempo y de una gran libertad. No detestaba jugar a lo difícil, pero no se trataba de un juego: el valor, el sentido mismo de mi vida estaban en cuestión. Para arriesgarme a comprometerlo hubiera hecho falta que un niño fuera a mis ojos un objetivo tan esencial como una obra: ese no era el caso», *op. cit.*, Gallimard, 1960, p. 92.

¹⁶ *Op. cit.*, p. 193.

abundante que, excepto cuatro, que pertenecen a una élite neuróticamente reclamante, nadie quiere más. A las y los conservadores las élites discriminadas no les preocupan. Yo misma se lo he oído decir: que ellas y ellos sólo respiran por lo que le ocurre a la masa gimiente ¹⁷.

Otra explicación podría ser ésta: Quizá, atomizadas las mujeres como individuos que individualmente buscan su éxito, lo que aparece en el ambiente de despego es la suma confusa de sus voluntades. Y aún hay otro asunto que quiero traer para compararlo y combinarlo con éste: que el fin cada vez que se avanza se presente más y más distante.

Hay un relevante efecto de perspectiva en el que sin duda cada quien se ha fijado. Unos montes ocupan más el horizonte desde lejos; a medida que nos acercamos las cumbres van bajando y otros medianos les sustituyen, de tal manera que la cortina de piedra auténticamente grande llega a desaparecer de nuestra vista. Pues del mismo modo, al iniciar cualquiera de sus fases, el feminismo ha sabido ver el objetivo final, pero éste se va difuminando y abatiendo a medida que los obstáculos concretos a superar se van presentando.

El calcular los objetivos finales es cuestión de inteligencia de la situación, reduciéndola en sus esquemas significativos, interpretando sus síntomas, pero el enfrentar una situación concreta es asunto de estrategia, de medio y fines, prudencial. Es relativamente fácil, una vez que se ha afirmado una teoría universal de la justicia, enunciar la voluntad de paridad en un ámbito relevante, como se hace; es bastante más complejo señalar los medios y alcanzar consenso sobre ellos. Pero algo vamos sabiendo.

Sabemos de las cifras y que no están fundadas en una divergencia cualitativa que salte a la vista, sino en inveteradas ideas y redes de apoyo conexas. A veces las mujeres con ambición han de sentirse como viviendo dentro de la paradoja; desde luego que alguien reconocerá la sensación: Aquiles nunca alcanzará a la tortuga; les separa una distancia previa. Y aunque Aquiles sea el más grande corredor, primero tendrá que recorrer la mitad del espacio que les separa; después la mitad de la mitad, y así sucesivamente, de modo que la tortuga puede, tan lentamente como quiera, conservar su delantera inicial por los siglos de los siglos. Pero es que la tortuga se lo ha trabajado mucho y tiene mucho apoyo. Casi todos los cerebros reptilianos trabajan a su mismo ritmo, y todos y todas tenemos uno.

Linda Nochlin comenzó su clásico artículo «Por qué no ha habido grandes mujeres artistas» mostrando la trampa paradójica en que se cae si se intenta responder a la pregunta así formulada. Al responder se corre el peligro, escribe, de «tragarse el cebo, el anzuelo, el sedal y el lastre». Más bien hay que preguntarse qué es el arte y cómo es que resulta tan resistente al talento feme-

¹⁷ Ciertamente que el contexto era la Ley de Igualdad, a debate en un curso de El Escorial. Pero así se manifestaron en una mesa redonda en la que yo también participaba, un par de diputadas del PP; no me pareció que el público asistente considerara poca cosa discriminar a las élites, sin embargo.

nino. En el gran arte clásico casi no hay mujeres... así como tampoco ha habido grandes tenistas entre los esquimales. La culpa no parece haber sido «del horóscopo, las hormonas, los ciclos menstruales o los espacios vacíos internos». Hay un problema con las mujeres. Pero cuando se presenta cualquier problema humano ello implica la reinterpretación de la naturaleza de la situación. Y es ésta: que «los que tienen privilegios se aferran inevitablemente a ellos y los agarran bien, no importa lo marginal que sea la ventaja obtenida, hasta que son obligados a abandonarlos por un poder superior del tipo que sea». Como dije, la tortuga siempre ha ido por delante y, más bien que por Aquiles, las mujeres corredoras han sido representadas por Atalanta.

Criada por una osa se convirtió en servidora de Artemis y gran cazadora, pero su excelencia estaba en la carrera. Nadie podía superarla. Incluso venció al propio padre de Aquiles. Nadie hasta que un jovencito compitió con ella ayudado por Venus. Cada tanto, dejaba caer una manzana de oro. Atalanta se paraba a recogerla y perdía distancia. Y, como bien dice Nochlin, es que no sólo el gran canon está edificado contra el talento femenino, sino que las mujeres tienen bastante más que perder que sus cadenas. El patriarcado es un mundo muy complejo de sobreentendidos. Las mujeres no sólo no se rebelan porque están atomizadas, sino porque creen que tienen mucho que perder. Sospecho que en ámbitos de élite, escasos por definición, cada una sabe qué manzanas se para a recoger. Convendría hablar de ello.

La obligación del humor

En fin, los seres humanos somos máximamente seres sociales, de manera que únicamente nos quejamos si hay alguien que escuche. Termino: el arte feminista tiene una línea indudablemente colérica. En el otro lado del río habría que explicar por qué y cómo las mujeres son representadas; en ésta hay que saber qué crean ellas mismas. Pero se impone una verdad: la violencia está inscrita en los resultados de ambos bandos. Todo son durante tres décadas en la práctica totalidad del arte feminista, despieces. Afirmo que la guerra de sexos se está expresando en el arte, pero que las víctimas siguen perteneciendo todas al mismo campo. Y aunque también existen muestras de lo que podríamos llamar «arte asertivo», lo cierto es que se parecen mucho a fabricaciones por inversión de roles y a retracciones jungianas de la memoria colectiva. Consiste fundamentalmente en poner a varones y mujeres en situaciones especulares, por inversión de la iconografía más redundante, o en desarrollar la de las arcaicas divinidades femeninas. Con todo, ni unas ni otras piezas logran pasar al canon ni tampoco llegar a la línea de corte de las grandes galerías. Hay mucha autora transgrediendo, cierto es, pero poca audiencia para tanta rabia. Y hay que darle salida para que no se convierta en amargura.

E incluso hay que mezclarla con humor. Dedico este apunto a mis admiradas Guerrilla Girls. Si bien yo creo que los tiempos del humor tocan a su fin —porque la obligación del humor y del ingenio es también gravosa si se impone socialmente como la única vía de crítica—, lo vamos a necesitar por un tiempo; no en vano el humor es una de las formas en que la inteligencia se defiende de sus heridas. Advierto que ese terreno de juego no nos es favorable; el humor feminista necesita desarrollos de la agudeza que la broma cretina y misógina puede perfectamente evitar. No propongo pues que la competición se desenvuelva en el terreno del humor, porque siempre gana primero una mala chanza que un buen sarcasmo. No hablo de la obligación del humor que se ha padecido, esto es, no se pretende acrisolar la obligación de tomarse la opresión como si tuviera alguna gracia, ni tampoco hacer buena la frecuente risa nerviosa de las mujeres ante la misoginia. Digo sólo de llevar la batuta del humor sabiendo que el fondo del asunto es serio y urgente, porque la autoestima y los proyectos vitales están comprometidos.

Por lo tanto y colectivamente se imponen estrategias de conteos y de cuotas. Se imponen estrategias asertivas, también en el mundo así llamado «de la excelencia», puesto que cuando la tal excelencia levanta el peplo se le advierten unas extremidades velludas. Las medidas que han impulsado la paridad en política deben extenderse a otros ámbitos calificados.

En Arco 2005 se propició un manifiesto que todavía admite firmas; de momento ha sido citado en una PNL del Parlamento español, pero al presente ignoro si ha producido más efectos. En él se reclamaban asuntos bastante concretos: Uno: Crear una comisión que estudiara los números actuales de presencia de artistas mujeres en las muestras y exposiciones financiadas con fondos públicos, esto es, hacer las cuentas, que es el punto de partida necesario. Dos, tomar medidas para que las artistas puedan trabajar en un contexto imparcial, lo que incluye la política pública de compras. Y tres, medidas feministas incluido el establecimiento de cuotas.

Si las cosas fueran diferentes, si no hubiera opresión y reparto generoso del desaliento, si la misoginia y la ginofobia no siguieran tranquilamente sentadas en sus sedes... demasiadas premisas que todavía no se cumplen. Ya lo disfrutaremos cuando ocurra. De momento las artistas necesitan espacio y el feminismo también precisa alcanzar su propia autocomprensión estética. Ética y estética confluyen asintóticamente, pero en el tiempo y el espacio están separadas. El feminismo es una ética y una política, pero tiene también sus implicaciones de totalización, su estética, en la que son permisibles los rasgos diferencialistas que la ética por su universalismo no puede soportar. Alguien tiene que ser guardián de la primera imagen, la cresta a conquistar; la teoría feminista debe hacerlo, levantar la mano señalando incansablemente los fines, así como debe hacer memoria común que permita autosituarse dentro del camino hacia ellos. Pero el arte es otra cosa, es vida. Lo escribía también Solanas, la misma que se encolerizaba contra el arte meramente contemplativo y

pasivo al que llamaba «la borrachera del pobre»; tras semejante invectiva aseguraba que el máximo arte «el Único Arte, la Única Cultura, serán las mujeres liberadas y contentas de sí mismas ocupando su lugar entre ellas y el universo»¹⁸.

De momento siguen nuestras creadoras debatiéndose entre la Venadita y la Medusa.

¹⁸ SCUM, p. 29.